

VIII. Jesús, fuente de gracia. — *Sacaréis agua, dice ISAÍAS, de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día: Dad gracias al Señor e invocad su nombre* (38). Las llagas de JESÚS son esas fuentes dichosas, de las cuales podemos recibir toda suerte de gracias si las pedimos con fe. *De la casa del Señor, dice el Profeta, brotará una fuente que regará el valle de las espinas* (39). La muerte de JESÚS es la fuente que aquí se promete que inundará nuestras almas con las aguas de la gracia: y las espinas de los pecados se trocarán en flores y frutos de vida eterna. JESUCRISTO, *siendo rico, dice SAN PABLO, se hizo pobre por nosotros, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza* (40). Nosotros, pecando, nos habíamos hecho ignorantes, injustos, malvados, esclavos del infierno; Pero JESUCRISTO, muriendo por nosotros y satisfaciendo por nuestros pecados, *fue constituido por Dios para nosotros por fuente de sabiduría y justicia, y por santificación y redención nuestra* (41). He aquí cómo explica SAN BERNARDO estas palabras: «Es nuestra sabiduría, porque nos instruye; nuestra justicia, porque nos perdona; nuestra santificación, edificándonos con sus ejemplos, y nuestra redención, librándonos de las asechanzas de Lucifer por los méritos de su Pasión» (42). En una palabra, los méritos de JESUCRISTO, concluye diciendo el Apóstol, *nos han enriquecido con todo linaje de bienes, de tal manera que nada nos falte en ninguna suerte de gracia* (43).

(38) Is., XII, 3, 4.

(39) Joel, III, 18.

(40) II Cor., VIII, 9.

(41) I Cor., I, 30.

(42) In Cant., V, 22.

(43) I Cor., I, 5, 7.

¡Oh JESÚS mío, amadísimo JESÚS mío!, ¡qué esperanzas tan bien fundadas tengo en vuestra Pasión! ¡Cuántos favores os debo, amado Señor mío!, ¡ojalá que jamás os hubiera ofendido! Perdonadme las ofensas que os he hecho; inflamadme en vuestro santo amor y salvadme por toda la eternidad. ¿Cómo puedo temer que me niegue el perdón, la salvación eterna, y todo género de gracias aquel Dios todo poderoso que me ha dado su sangre? ¡Oh JESÚS mío y esperanza mía!, habéis perdido vuestra vida por no perderme a mí toda la eternidad; por eso no quiero perderos a Vos, que sois bien infinito. Si en otro tiempo os ofendí, me arrepiento por ello, prometiéndoo no ofenderos más en adelante; pero en esto Vos me habéis de ayudar, a fin de que consiga mi intento. Os amo, Señor, y quiero siempre amaros.

¡Oh María!, después de JESÚS, Vos sois toda mi esperanza; decid a vuestro Hijo que sois mi amparo y mi protección y me salvaré. Amén, así sea.

CAPITULO XV

DEL AMOR QUE NOS HA MANIFESTADO EL PADRE ETERNO DÁNDONOS A SU HIJO.

I. El Padre nos dio a su Hijo. — *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su único Hijo* (1). Tres cosas debemos considerar en este don: quién lo da, qué es lo que da y el amor con que lo da. Sabido es que mientras más noble es el donador, tanto más estimable y digno de aprecio es el don. El que recibe una flor de manos de un rey, estimará la flor más que un gran tesoro. ¿Quién podrá, por consiguiente, apreciar en su justo valor el don que nos viene de la mano de Dios? Y ¿qué es lo que nos ha dado? A su propio Hijo. No contento con prodigarnos tantos bienes como hay sobre la tierra, lo llevó su amor a darse por entero a sí mismo en la persona del Verbo encarnado. «No nos dio a un siervo, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, ni a un ángel, sino a su mismo Hijo (2). Por eso la Iglesia, henchida de gozo, exclama: «¡Oh admirable dignación de tu piedad para con nosotros!, ¡oh inefable y nunca bastante ponderado amor!, ¡para rescatar al esclavo entregaste el Hijo a la muerte!» (3).

(1) **Io.**, III, 16.

(2) **Hom.**, 26 in **Io.**

(3) **Exultet.** en el Sábado Santo.

¡Oh Dios de infinito amor! ¿Cómo os llevó vuestro corazón a usar con nosotros de una piedad tan admirable? ¿Quién jamás acertará a sondear este profundo abismo de amor, que para redimir al esclavo hayáis querido entregar a vuestro único Hijo? ¡Oh benigísimo Señor!, ya que me habéis dado lo que más estimáis, justo es que yo os dé lo mejor que tuviere. Vos me pedís que os ame, y yo sólo os pido la gracia de amaros. Aquí tenéis mi corazón, que lo consagro todo entero a vuestro amor. Criaturas viles, salid todas de mi corazón y dad lugar a mi Dios, que, además de merecerlo quiere tomar posesión completa de él, sin compartir con nadie este derecho. Os amo, oh Dios de amor, os amo sobre todas las cosas; y sólo a Vos quiero amar, por ser mi Criador, mi tesoro y mi todo.

II. El Padre nos dio a su Hijo por amor. — Dios nos ha dado a su Hijo, y ¿por qué? Únicamente por amor. Pilatos, por temor a los judíos, *abandonó a JESÚS al arbitrio de ellos* (4), mientras que el Eterno Padre, por el amor que nos tenía, *lo entregó a la muerte por todos nosotros* (5). «El amor, dice SANTO TOMÁS, es lo primero que hay que tener en cuenta en el don» (6). En el don, lo primero que se recibe es el amor, que el donante ofrece envuelto en la cosa que da. Por esto nos advierte SANTO TOMÁS que el amor es la única razón del don gratuito, puesto que cuando se da por otro fin distinto del puro afecto, el don pierde su mérito y su esencia. Por esto al darnos el Eterno Padre a su Hijo nos hizo un don de buena ley, por ser gratuito, sin que interviniera mérito al-

(4) Luc., XXIII, 25.

(5) Rom., VIII, 32.

(6) P. 1, q. 38, a. 2.

guno por nuestra parte; que por esto se dice que la Encarnación del Verbo es obra del Espíritu Santo; es decir, por puro amor, como dice el mismo Angélico Doctor. «Que el Hijo de Dios tomase carne, fue efecto del grande amor que el Señor nos tenía» (7).

Mas no sólo el Eterno Padre nos dio a su Hijo por puro amor, sino que también nos le dio con amor inmenso e infinito. Esto fue cabalmente lo que quiso darnos a entender JESUCRISTO cuando dijo: *De tal manera amó Dios al mundo, que le dio su único Hijo*. Esta palabra *de tal manera*, supone, dice SAN JUAN CRISÓSTOMO, el infinito amor con que Dios nos hizo este gran don (8). En efecto, ¿qué mayor prueba de amor podía darnos el Señor que condenar a muerte a su Hijo inocente para salvar a miserables pecadores? *No perdonó*, dice SAN PABLO, *ni a su propio Hijo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros* (9). Si el Padre Eterno hubiera podido sufrir, ¿cuál no hubiera sido su quebranto al verse precisado a condenar a su Hijo, que ama tanto como a sí mismo, a morir con muerte tan cruel e ignominiosa? *Y quiso el Señor*, dice el profeta ISAÍAS, *consumirle con trabajos* (10), *dolores y tormentos*.

Imagínate ver al Eterno Padre con JESÚS muerto en sus brazos que te dice: Mira, hombre, *éste es mi Hijo amadísimo en quien he puesto todas mis complacencias* (11). Y, sin embargo, *lo he entregado a la muerte, para expiar las maldades de mi pueblo* (12). Y para ganar vuestro amor lo he condenado a ser

(7) P. 3, q. 32, a. 1.

(8) Hom. 26 in Io. Obras, Venecia, 1574. III.

(9) Rom., VIII, 32.

(10) Is., LIII, 10.

(11) Matth., XVIII, 5.

(12) Is., LIII, 8.

clavado en esa cruz, afligido y abandonado hasta de mí mismo, que tanto le amo.

¡Oh bondad infinita; oh misericordia infinita; oh amor infinito! ¡Oh Dios del alma mía! Ya que habéis querido entregar a la muerte al objeto más querido de vuestro corazón, os ofrezco el sacrificio que de sí mismo hizo este vuestro Hijo, y por sus méritos os suplico que me alcancéis el perdón de mis pecados, vuestro santo amor y el paraíso. De muy subido precio son las gracias que os pido; pero mayor es todavía la ofrenda que os presento. Padre mío, por el amor de JESUCRISTO, perdonadme y salvadme. Si en lo pasado os ofendí, me arrepiento de todo corazón; mas ahora os amo sobre todas las cosas.

III. El Padre, dándonos a Jesús, nos dio la vida. —
¿Quién sino un Dios de infinito amor podía amarnos con tanto extremo? *Dios, que es rico en misericordia*, como dice SAN PABLO, *movido por el excesivo amor con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo* (13). El apóstol llama *excesiva* la caridad que el Padre manifestó a los hombres, haciendo que muriera el Hijo para devolverles la vida de la gracia, que por el pecado habían perdido. Pero advirtamos que *Dios es caridad* (14), es el mismo amor, y por eso no fue excesivo el que manifestó a los hombres. *En esto se demostró la caridad de Dios para nosotros*, dice SAN JUAN: *en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que por El tengamos la vida* (15), el perdón de los pecados y la vida eterna.

(13) Eph., II, 4, 5.

(14) I Io., IV, 16.

(15) Ib., 9.

La culpa nos había quitado la vida de la gracia, y JESUCRISTO, muriendo, nos la devolvió. Eramos miserables, desgraciados y abominables a los ojos de Dios; mas por los méritos de JESUCRISTO hemos sido hallados hermosos y agradables en su divina presencia. *Nos hizo gratos*, escribe el Apóstol; es decir, según el texto griego, *nos hizo graciosos en su querido Hijo* (16). A este propósito dice SAN JUAN CRISÓSTOMO que si hubiera un pobre leproso, cubierto de úlceras y de aspecto repugnante, y una mano cariñosa le curase la lepra, devolviéndole riquezas juntamente con la hermosura corporal, ¿no quedaría aquel desventurado agradecido a su bienhechor? Ahora bien, ¿cuánto mayor agradecimiento debemos manifestar a Dios, que por los méritos de JESUCRISTO no sólo ha librado a nuestras almas del pecado que las desfiguraba y las hacía aborrecibles a sus ojos, sino que también las ha tornado hermosas y agradables? *Dios*, dice SAN PABLO, *nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo* (7). Según CORNELIO ALAPIDE (18), este pasaje de SAN PABLO quiere decir que Dios nos ha enriquecido con toda suerte de bienes; porque el bendecir del Señor es hacer bien; y el Eterno Padre, al darnos a JESUCRISTO, nos ha colmado de toda suerte de dones, no corporales y terrenos, sino celestiales y divinos, haciéndonos llevar en la tierra vida celestial, para comunicarnos en el cielo una gloria divina.

Benedicidme, pues, Dios amantísimo, bendecidme, y que vuestra bendición consista en cautivar me con los vínculos de vuestro amor. Haced que la considera-

(16) Eph., I, 6.

(17) Eph., I, 3.

(18) In Ep. ad Eph., cap. I, 3.

ción del amor que me habéis tenido me enamore de vuestra hermosura; merecéis ser amado con amor infinito; os amo, pues, con todo mi corazón, os amo sobre todas las cosas, os amo más que a mí mismo. Os entrego mi voluntad, y en pago, la única gracia que os pido es que de hoy en adelante me hagáis obrar según vuestra voluntad santísima, que sólo quiere para mí el bien y mi eterna salvación.

IV. El Padre nos dio al Hijo para ganar nuestros corazones. — *Introdújome en la pieza en que tiene el vino más exquisito y ordenó en mí el amor* (19). Mi Señor, dice la sagrada Esposa, ha puesto a mi vista todo el cúmulo de beneficios que me ha hecho, para ganar mi corazón. Dice a este propósito un autor que Dios, para conquistar nuestro amor, ordenó contra nosotros uno a manera de ejército de gracias y beneficios (20). Pero el darnos a JESUCRISTO fue como disparar contra nosotros la saeta que tenía reservada, como dice ISAÍAS: *Hizo en mí como una saeta bien afilada y me ha tenido guardado dentro de su aljaba* (21). Así como el cazador, dice el CARDENAL HUGO, guarda para el fin la mejor flecha para rematar la presa, así también el Padre, entre todos los beneficios hechos a la humanidad, se reservó a su Hijo, hasta que, llegando la plenitud de los tiempos, lo envió al mundo para herir con este último golpe de amor los corazones de los hombres (22). Herido SAN PEDRO, por esta saeta vencedora, dijo a su Maestro: *Señor, tú sabes que te amo* (23).

(19) Cant., II, 4.

(20) Com. in Cant., II, 4, 19. Lyon, 1616, p. 93.

(21) Is., XLIX, 2.

(22) In Is. Obras, Venecia, 1703.

(23) Io., XXI, 15.

¡Oh Dios mío!, por todas partes me veo rodeado de las finezas de vuestro amor; yo también os amo, y no se me oculta que, si os amo, Vos me correspondéis con vuestro amor. ¿Y quién podrá privarme de vuestro amor? Sólo el pecado; pero Vos me habéis de librar de este monstruo infernal. Vengan sobre mí toda suerte de males, hasta la muerte más cruel, antes que ofenderos con pecado mortal; pero no habéis olvidado mis pasadas caídas y harto conocéis mi actual debilidad; ayudadme, pues, Dios mío, por amor de JESUCRISTO; *no desprecies*, os diré con DAVID, la *obra de tus manos*, Vos me habéis dado el ser que tengo; no me despreciéis. Aunque por mis culpas merezco ser abandonado, también soy acreedor a vuestra misericordia por los méritos de JESUCRISTO, que dio su vida por mi salvación. os ofrezco sus méritos, que son también míos, y apoyado en ellos os pido y de Vos espero que me déis la santa perseverancia junto con una buena muerte, y entretanto os suplico que lo que me resta de vida lo emplee en honraros y glorificaros. Basta ya de ofensas, de las cuales me arrepiento con todo mi corazón, y quiero amaros con toda mi alma. No quiero resistir a vuestro amor; a Vos me doy por entero. Dadme vuestra gracia y vuestro amor y haced de mí lo que os agrade. os amo, Dios mío, y mi deseo y todo mi afán es amaros siempre; oíd mis ruegos por los méritos de JESUCRISTO.

¡Oh María, Madre mía, rogad a Dios por mí. Amén. Así sea.

CAPITULO XVI

DEL AMOR QUE NOS HA DEMOSTRADO JESUCRISTO QUERIENDO MORIR POR NOSOTROS.

I. Jesús murió por amor. — *He aquí tu tiempo, tiempo de los amantes*, dice el Señor por EZEQUIEL, y *viniste a ser extremadamente bella* (1). Nosotros los cristianos somos a Dios deudores de inmensos beneficios por habernos hecho nacer después de la venida de JESUCRISTO. Nuestro tiempo no es ya el del temor, como era el de los judíos, sino tiempo de amor, pues hemos sido testigos de la muerte de un Dios, que dio la vida por salvarnos y conquistar nuestro amor. Es de fe que *Cristo nos amó y se entregó a la muerte por nosotros* (2). Y ¿quién jamás hubiera podido quitar la vida a un Dios omnipotente, si voluntariamente no la hubiera querido El dar por nosotros? *Yo doy mi vida*, dice el mismo JESUCRISTO, *nadie me la arranca; la doy por mi propia voluntad* (3). *Por eso nos advierte SAN JUAN* que el Señor al morir nos dio la última prueba de su amor. *Como hubiese amado a los suyos*, dice, *los amó hasta el fin* (4). Dice a este propósito un devoto autor que JESUCRISTO hizo en su muerte

(1) Ezech., XVI, 8, 13.

(2) Eph., V, 2.

(3) Io., X, 17, 18.

(4) Io., XIII, 1.

tan grandes demostraciones de amor, que después nada le quedaba ya por manifestarnos lo mucho que nos amaba (5). «Estando para morir en la cruz nos dio el más evidente testimonio de su amor.»

Amado Redentor mío, Vos por amor os habéis entregado del todo a mí, y yo por amor también me entrego a Vos. Vos por mi salvación habéis dado la vida, yo por vuestra gloria quiero morir cuando y como os agrade; Vos habéis agotado los medios de cautivar mi amor, y yo, ingrato, lo he vendido por una nonada. JESÚS mío, me arrepiento de ello con todo mi corazón; perdonadme por los méritos de vuestra Pasión; y en señal de que me otorgáis el perdón dadme la gracia de amaros. Siento renacer en mi corazón gran deseo de amaros, y con vuestro favor espero llegar a ser todo vuestro; pero conozco mi debilidad; no puedo olvidarme de mis pasadas caídas; por eso a Vos acudo, porque podéis valirme y sostener mi fidelidad. Amor mío, ayudadme, dadme amor y nada más os pido.

II. Al amor de Jesucristo debemos corresponder con el nuestro. — Dice DIONISIO CARTUJANO «que la Pasión de JESUCRISTO fue llamada un exceso (6) porque fue en efecto un exceso de piedad y amor» (7). ¿Qué alma fiel podía vivir sin amar a JESUCRISTO si meditase con frecuencia su Pasión? «Las llagas de JESÚS, dice SAN BUENAVENTURA, son a manera de dardos que traspasan los más duros corazones, y de llamas que inflaman en amor a las almas más frías que el hielo» (8). El BEATO ENRIQUE SUSÓN, para

(5) Th. m. et c. l. 10, d. 4, c. 1, sp. 1.

(6) Luc., IX, 31.

(7) In Ev. S. Luc.

(8) Stim., div. am., p. 1, c. 1. Obras, Lyon, 1668.

imprimir en el fondo de su corazón el amor a JESÚS crucificado, tomó cierto día un tajante cuchillo y grabó con él en su pecho el nombre augusto de su amado Señor; bañado todavía en sangre, se fue a la iglesia, y puesto de rodillas ante un crucifijo exclamó: ¡Oh JESÚS!, único amor de mi alma, ved mi deseo: yo hubiera querido escribir vuestro nombre en el fondo de mi corazón, pero no puedo; Vos, que todo lo podéis, suplid lo que falta a mis fuerzas, e imprimid vuestro adorado nombre en lo más hondo de mi corazón, a fin de que jamás se puedan borrar de él ni vuestro nombre, ni vuestro amor.

Mi amado, dice la Esposa, *es blanco y rubio escogido entre miles* (9). ¡Oh JESÚS mío!, sois blanco por vuestra inmaculada inocencia; mas en la cruz os veo cubierto de llagas que habéis por mi amor recibido. Desde hoy os elijo por el último objeto de mi amor. ¿Y a quién he de amar, si a Vos no amo? ¿Podría yo encontrar en el mundo a un ser más digno de amor que Vos, que sois mi redentor, mi amor, mi todo? Os amo, Señor amabilísimo, os amo sobre todas las cosas; haced que os ame sin reserva y con todas las energías de mi corazón.

«¡Oh si tú conocieras el misterio de la cruz!» (10), dice SAN ANDRÉS al tirano. Es decir: si entendieses el amor que te ha demostrado JESUCRISTO muriendo en la cruz para salvarte, abandonarías al punto tus bienes y esperanzas terrenas, para consagrarte por entero al amor de tu Salvador. Lo mismo se puede decir de los cristianos que si bien creen en la Pasión de Cristo no piensan en ella. Si todos los hombres meditaran en el amor que JESUCRISTO les ha mani-

(9) Cant., V. 10.

(10) Ep. de martirio S. Andreae.

festado en la cruz, ¿quién dejaría de amarle? *A este fin murió Cristo*, dice SAN PABLO, *y resucitó, para redimirnos y adquirir un soberano dominio sobre vivos y muertos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos* (11), que tanto ha padecido por salvarnos. ¿Quién pudiera decir lo que decía en los transportes de su amor SAN IGNACIO, mártir, cuando caminaba al suplicio para dar la vida por JESUCRISTO? «Vengan contra mí las llamas, la cruz, las fieras y todo género de tormentos, con tal que yo conquiste a mi JESÚS y goce de El» (12).

¡Amadísimo Señor mío!, os habéis dignado morir para rescatar mi alma, ¿y qué es lo que he hecho yo para ganáros a Vos, bien infinito? ¡Ah JESÚS mío!, ¡cuántas veces os he perdido por una nonada! ¡Desventurado de mí!; yo bien sabía que pecando perdía vuestra gracia, sabía que os causaba un gran disgusto, y, sin embargo, pequé. Lo que me consuela es que trato con una bondad infinita, que se olvida de las ofensas recibidas cuando el ofensor se arrepiente y le ama. Sí, Dios mío, yo me arrepiento de mis pecados y os amo; perdonadme y tomad posesión de hoy en adelante de este mi rebelde corazón; a Vos lo entrego, a Vos enteramente lo consagro. Decidme qué es lo que de mí pedís, que todo lo haré. Sí, Dios mío, os quiero amar, os quiero complacer en todo; no me neguéis vuestro auxilio, y presto conseguiré mi intento.

III. Manifestaremos a Dios nuestro amor llevando la cruz — JESÚS no acabó de amarnos cuando acabó de padecer; prosigue todavía amándonos y nos busca con el mismo amor que le movió a bajar del

(11) Rom., XIV. 9,8.

(12) Ep. ad. Rom., c.5.

cielo a la tierra para rescatarnos y morir por nosotros. Es digna de admiración la fineza de amor que nuestro Redentor dio a SAN FRANCISCO JAVIER en uno de sus viajes. Navegando por el mar se levantó furiosa borrasca, y una ola le arrebató el crucifijo de las manos. Al anclar en el puerto, el Santo misionero, triste y apesadumbrado, suspiraba por recobrar la imagen de su amado Señor; de repente vio que se acercaba a la orilla un cangrejo de mar llevando enarbolada la enseña del crucifijo. Adelantóse Francisco y derramando lágrimas de ternura y de amor, recibió el crucifijo y lo estrechó contra su pecho (13).

¡Con qué amor sale JESUCRISTO al encuentro de las almas que le buscan! *Bueno es el Señor*, dice JEREMÍAS. *para las almas que le buscan* (14) pero que le buscan con sincero amor. Mas, ¿pueden gloriarse de buscarle con amor verdadero los que rehúsan llevar la cruz que el Señor les ofrece? *Cristo*, dice SAN PABLO, *no buscó su propia satisfacción* (15); «ni tomó por regla de su conducta, dice CORNELIO ALAPIDE (16), el seguir su propia voluntad o buscar sus personales intereses, sino que por salvarnos lo sacrificó todo, hasta la misma vida». JESÚS, por amor nuestro, no buscó placeres terrenos, sino tormentos y muerte, no obstante ser la misma inocencia, y nosotros, ¿qué es lo que buscamos por amor de Cristo? Estando San Pedro mártir encarcelado, se lamentaba cierto día de la injusta acusación que padecía: «Pero, Señor, exclamaba, ¿qué he hecho yo para ser de esta suerte perseguido?» A lo que respondió una voz que salía del

(13) JOSÉ MASSEI, *Vida de San Francisco Javier*, l. II, cap. IX.

(14) *Thr.*, III, 25.

(15) *Rom.*, XV, 3.

(16) *Commentar*, in *Rom.*, XV, 3.

crucifijo: «¡Y qué mal hice yo para que me clavaran en este madero infame? (18).

¿Preguntáis, Salvador mío, qué mal habéis hecho? El habernos amado en demasía, pues el amor es el que os inclinó a padecer tantos tormentos. Y nosotros, que por nuestros pecados hemos merecido el infierno, ¿rehusaremos aceptar los trabajos que nos enviáis para nuestro bien? Vos, JESÚS mío, sois todo bondad para el que os busca, yo no busco vuestras caricias y vuestros consuelos, sólo quiero hallar la manera de cumplir con vuestra voluntad. Dadme vuestro amor, y luego tratadme como os agrade. Abrazo todas las cruces que me enviéis: pobreza, enfermedades, dolores; todo lo acepto con tal que me libréis de la desgracia de pecar; porque, por mucho que padezca, siempre será poco en comparación de los trabajos que Vos por mí habéis padecido.

IV. Corresponderemos al amor de Jesús entregándole nuestro corazón. — «Para rescatar al esclavo, dice SAN BERNARDO, ni el Padre perdonó al Hijo, ni el Hijo se perdonó a sí mismo» (18). Y después de tan acendrado amor, ¿habrá todavía corazones ingratos que no amen a un Dios tan amante? *Cristo murió por todos*, dice SAN PABLO, *para que los que viven no vivan para sí, sino para el que murió por ellos* (19). Pero, ¡ay!, que la mayor parte de los hombres, lejos de entregarse al servicio de JESUCRISTO, son esclavos del pecado y del demonio. Decía PLATÓN que el amor es el imán de los corazones (20), y SÉNECA añadía:

(17) Tomás de Cantimbro, **Vida**, cap. I, n. 6; cap. III, n. 24.

(18) **S. de Pass. D.** n. 4.

(19) **II Cor.**, V, 15.

(20) **Fedro, o de Pulcro. Obras**, Venecia, 1556, p. 309; col. 2.

«Si quieres ser amado, ama tú primero» (21). Habiéndonos, pues, amado JESUCRISTO hasta la locura de la cruz, pues se tuvo por gran locura, como observa SAN GREGORIO (22), que el autor de la vida muriera por los hombres, ¿cómo es posible que no pueda ganar vuestros corazones, después de tantas manifestaciones de amor?; ¿cómo no ha logrado que le amemos, después de habernos amado con tan entrañable amor?

¡Oh JESÚS mío amabilísimo!, ¡cuándo llegarán a amaros todos los hombres! Sois digno de infinito amor; sois infinitamente amable, habéis padecido mucho para ganaros el amor de los hombres, pero, pobre JESÚS mío (permitidme que os hable con esta libertad), ¡cuán pocos son los que de veras os aman! Veo que unos aman a sus parientes y amigos, otros van en pos de las riquezas, honores y placeres, y no falta quien ponga su cariño hasta en los animales; pero, ¿cuántos son los que os aman a Vos, amabilidad infinita? Son bien pocos, mas entre estos pocos quiero contarme yo, miserable pecador. Hubo un tiempo en que yo también os ofendí, apartándome de Vos, para ir en busca de las criaturas; pero ahora os amo y aprecio vuestra gracia y vuestro amor más que todos los bienes de la tierra. Perdonadme, JESÚS mío, y venid en mi socorro.

Alma cristiana, Dios te ha amado hasta el extremo de morir por granjearse tu amor, ¿y rehusarás tú entregar tu corazón a Dios, por darlo a las criaturas? «Dios pone en ti sus complacencias, dice SAN CIPRIANO, ¿y tú no pondrás en Dios tu gozo y todo tu contento?» (23).

(21) Ep., IX.

(22) Hom. 6, in Ev. n. 1.

(23) CONTENSON. *Theologia mentis et cordis*, l. 10, dissert. 4; cap. 1.

¡Ah, no!, ¡amado JESÚS mío! No quiero alimentar en mi corazón más amor que el vuestro; renuncio a todos los demás; bástame amaros a Vos. Oigo que me decís: *Ponme por sello sobre tu corazón* (24). Sí, JESÚS mío crucificado, os pongo como sello sobre mi corazón, a fin de que quede cerrado como sello a todos los amores opuestos al vuestro. En otro tiempo os disgusté poniendo mi amor en objetos terrenos; mas al presente no hay pena que así me aflija como el recuerdo de haber perdido vuestra amistad por mis pecados. Mas de hoy en adelante, *¿quién me separará de la caridad de Cristo?*

Señor mío amabilísimo, desde que me habéis dado a conocer el amor que me tenéis, no sabré vivir sin amaros. Os amo, amor mío crucificado, os amo con todo mi corazón, y os entrego mi alma, por Vos tan buscada y amada. Por los méritos de vuestra muerte, que con tanto dolor separó de vuestro cuerpo vuestra benditísima alma, arrancad de mi corazón todos los afectos que puedan estorbarme el amaros con toda mi alma y con todas mis fuerzas.

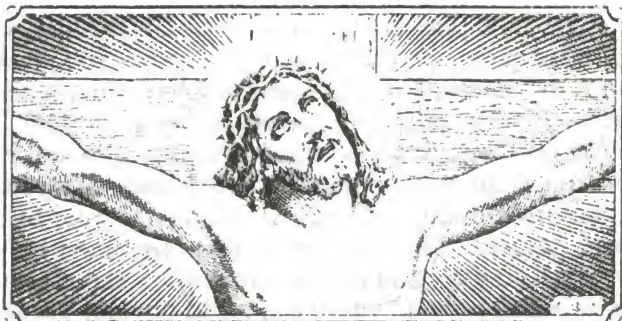
¡Oh María, esperanza mía! ayudadme a amar a vuestro amadísimo Hijo, de tal suerte que pueda decir con verdad toda mi vida: ¡Mi amor ha sido crucificado; mi amor ha sido crucificado! Amén.

ORACIÓN DE SAN BUENAVENTURA (25).

¡Oh JESÚS mío!, que por salvarme no os habéis perdonado a Vos mismo, grabad en mi alma vuestra Pasión, de suerte que a donde quiera que vuelva mis ojos vea vuestras llagas, y sólo en Vos halle descanso y en la meditación de vuestros trabajos. Amén.

(24) Cant., VIII, 6.

(25) Obras, Lyon, 1668. VII. P. 196.



PRACTICA DEL VIA CRUCIS

Ofrecimiento

¡Soberano Señor y Dios mío!, yo consagro a vuestra divina Majestad lo que en este santo ejercicio, caminando tras las sangrientas huellas de mi Redentor Jesús, rezare y meditare. Todo lo ofrezco por la intención, fines y motivos que tuvieron los sumos pontífices al conceder las indulgencias que pretendo y espero ganar; y asimismo por la remisión de mis pecados y de las penas merecidas por ellos; y por el descanso de las benditas almas del purgatorio, según el orden de caridad y justicia, o como sea más del agrado de vuestra Majestad.

¡Oh, María, madre afligidísima, que con el corazón herido con espada de dolor, fuiste acompañando a tu divino Hijo en el camino del Calvario y estuviste de pie junto a la cruz!, dígnate permitir que yo también te acompañe y siga los pasos de Jesús en este piadoso ejercicio del vía crucis, y llena ahora, a mi alma arrepentida, de los mismos sentimientos que penetraron tu espíritu y le hicieron semejante al Corazón santísimo de Jesús en la tarde del viernes santo. Amén.

Te adoramos, ¡oh Cristo!, y te bendecimos; porque con tu santa cruz redimiste al mundo.

Alabada sea la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo y los dolores de su santísima Madre, Amén.

Madre llena de aflixión
de Jesucristo las llagas
grabad en mi corazón.

PRIMERA ESTACION



Jesús es sentenciado a muerte

Sellados los labios,
la frente rendida,
espera maniatado el Juez eterno
ante el juez de un día.

Pudiera anonadarle, — y mudo escucha
la sentencia inicua.

SEGUNDA ESTACION



Jesús es cargado con la cruz

¡La cruz! La ve venir... sabe que en ella
ha de rendir el alma...
mas al sayón que se la muestra, mira
con suavidad divinamente mansa.

TERCERA ESTACION



Jesús cae la primera vez
A los pocos pasos
se desploma en tierra...
Han cedido al peso
las rodillas trémulas...

CUARTA ESTACION



Jesús encuentra a su Madre en la calle de la amargura
Mas cómo no buscarle si era madre...
El no dijo palabra,
Frente a frente se hallaron de improviso,
y ella sólo: ¡Hijo mío!

QUINTA ESTACION



El Cireneo lleva la cruz de Jesús

En el cielo los ángeles se miran
y le envidian su suerte.
¡Oh, si supieran el don de Dios...! De súbito
la luz brilla, y comprende
... cuando sobre él se fijan
unos divinos ojos que agradecen.

SEXTA ESTACION



Jesús imprime su rostro en el velo de la Verónica

En la blanca tersura de su velo
le ha dado El su rostro,
su rostro divino,
abiertos los ojos.

SEPTIMA ESTACION



Jesús cae segunda vez bajo la cruz
Mientras te contemplan
mis pupilas mudas,
de lágrimas se llenan que son tuyas;
...las que tú vertías,
suprema angustia,
al dar esas caídas por mis culpas...

OCTAVA ESTACION



Jesús instruye a las mujeres de Jerusalén
Las vio. Sus mudos labios
al paso se abrieron:
¡no por mí —murmuraban— por vosotras
llorad, llorad y por los hijos vuestros...!

NOVENA ESTACION



Cae Jesús por tercera vez

Tercera vez bajo la cruz... El alma
parece que ya rinde.
En sus labios exangües el aliento
se ahoga y gime.

DECIMA ESTACION



Despojan a Jesús de sus vestiduras

¡Oh, carne virginal, la que aparece
a la luz desnuda...
desnuda, dolorida y desangrada,
ruborosa y pura!

UNDECIMA ESTACION



Jesús es clavado en la cruz

Tiende la mano que el sayón le pide,
la da para los clavos...
... Seco y brutal, estalla en el silencio
el primer martillazo.

DUODECIMA ESTACION



Jesús muere en la cruz

¡Hasta el fin nos amaste... que a tus plantas
la humanidad se postre,
y a ti, Dios nuestro, hoy vivo por los siglos,
cante su eterna gratitud y adore!

DECIMATERCIA ESTACION



Jesús es desclavado de la cruz

Pasada la tormenta arriba al puerto
la rota nave.

El puerto son tus brazos, dolorosa
divina Madre.

DECIMACUARTA ESTACION



Jesús es colocado en el sepulcro

Manos amigas aromadas de áloe
pías le ungieron, y la Madre puso
en la lívida frente
el largo beso del adiós, el último.

INDICE

Introducción	6
Aviso al lector	11
Invocación a Jesús y a María	13
Capítulo preliminar. — Del gran provecho que se saca meditando la Pasión de Jesucristo	16
I. Del amor que Jesucristo nos ha manifestado, queriendo satisfacer él mismo a la justicia divina por nuestros pecados	23
II. Jesucristo quiso padecer tantos trabajos por nuestro amor para manifestarnos el grande amor que nos tiene	32
III. Jesucristo quiso por nuestro amor padecer desde el principio de su vida todas las penas de su Pasión. .	41
IV. Del gran deseo que tuvo Jesucristo de padecer y morir por nuestro amor	47
V. Del amor que Jesucristo nos manifestó al instituir la Eucaristía antes de morir	53
VI. Del sudor de sangre y de la agonía que padeció Jesús en el huerto	63
VII. Del amor que Jesús nos ha manifestado sufriendo tantos menosprecios durante su Pasión	71
VIII. De la flagelación de Jesucristo	82
IX. De la coronación de espinas	92
X. Del Ecce Homo	98
XI. Jesús, condenado y conducido al Calvario	104
XII. De la crucifixión de Jesús	113
XIII. De las últimas palabras de Cristo en la cruz y de su muerte	123
XIV. De los motivos de esperanza que debemos tener en la muerte de Jesucristo	133
XV. Del amor que nos ha manifestado el Padre Eterno dándonos a su Hijo	145
XVI. Del amor que nos ha demostrado Jesucristo queriendo morir por nosotros	152